

Cuentos y encuentros en los caminos de Santander

Por Francisco
"Pacho" Centeno

con ilustraciones de
Vaslak Rojas

Universidad Industrial de Santander

Edición:
Publicaciones UIS
Puno Ardila Amaya

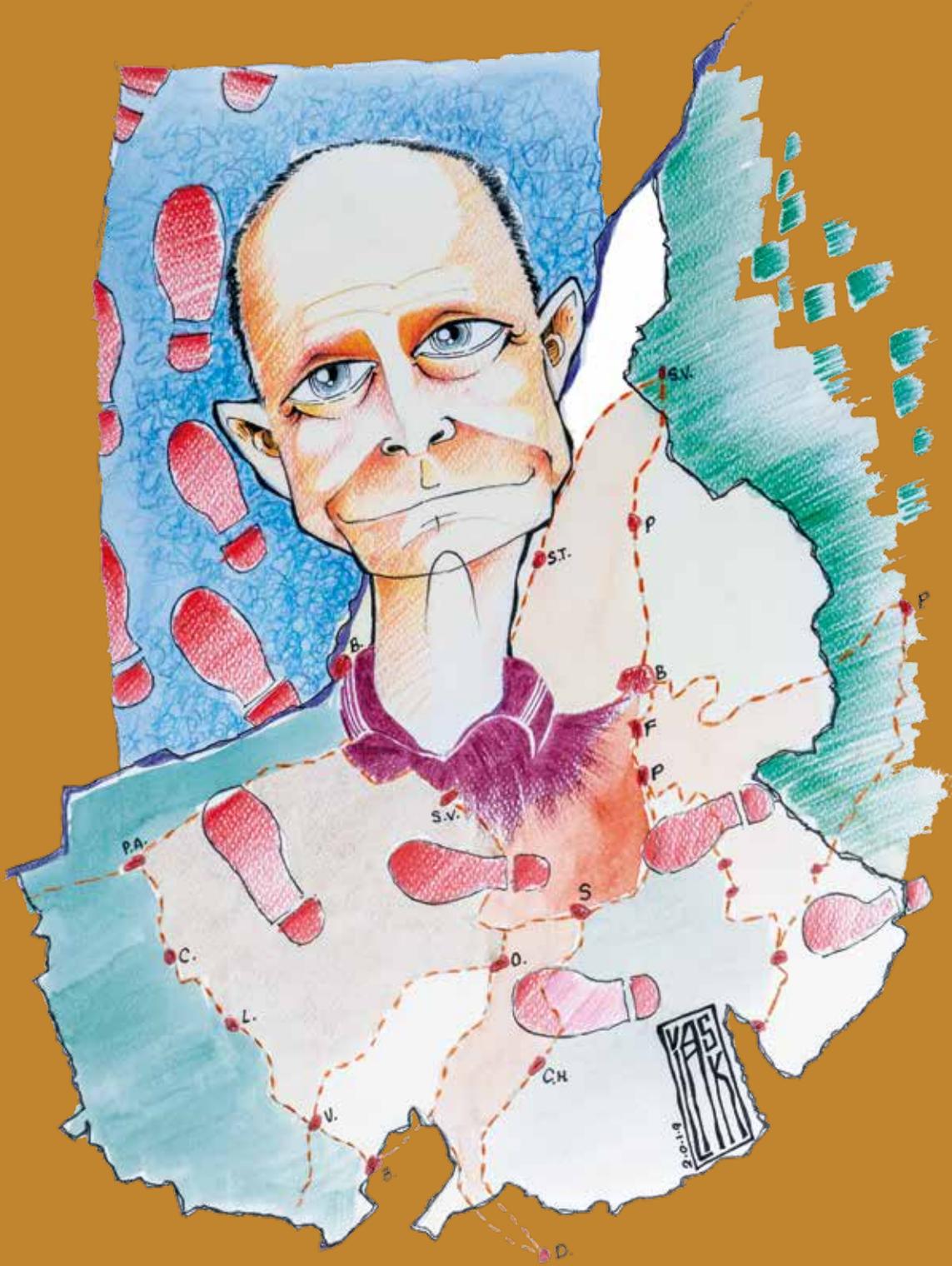
© 2019
ISBN: 978-958-8819-99-0
Reservados todos los derechos

Diseño y diagramación:
Olfí Studio S. A. S.

Edición e impresión:
División de Publicaciones UIS
Carrera 27 calle 9, ciudad universitaria
PBX: (57) 7 6344000, ext. 2196
Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: publicaciones@uis.edu.co

Prohibida la reproducción parcial o total de
esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita
de la UIS.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia



Emilio Arenas, los caminos de la historia

Cuando Emilio Arenas se embarcó de polizón en Cartagena –en el barco holandés Palamades-, jamás pensó que ese viaje lo llevaría a la casa del diablo.

Apenas tenía 17 años, y se había fugado hacía unos tres de la casa materna en el antiguo barrio La Payacuá, en Bucaramanga, en busca de la libertad que solo puede alcanzarse en la incertidumbre de la aventura. Primero llegó a Valledupar, con la idea de ser ayudante de los buses de Copetrán que cubrían la ruta de Barranquilla, por donde entraba el contrabando proveniente de La Guajira; pero no lo dejaron trabajar, porque era muy joven. Entonces aprendió el oficio de cuadrar buses de mercaderes de poca monta antes de que iniciaran sus recorridos en Maicao, para que pudieran pasar los artículos sin ser revisados por los guardias aduaneros durante el camino hacia Bucaramanga. Todos se beneficiaban: el mercader, el chofer del bus, el aduanero y Emilio, que se quedaba con una parte del “cuadre”.

En esas estaba cuando quiso ir más lejos y se encaletó en el Palamades, con tan mala suerte que la tripulación lo descubrió y lo presentó al capitán del barco. Todos los tripulantes se solidarizaron con él, por su juventud y espíritu aventurero, salvo el

capitán, quien olfateó un problema con sus superiores y lo entregó a las autoridades de Puerto Limón, en Costa Rica, donde fue puesto preso y luego deportado en el barco Ciudad de Cúcuta, de la Flota Mercante Grancolombiana.

Emilio apenas había terminado la primaria en la escuela Nuevo México, de Bucaramanga, que quedaba en la calle novena, donde hoy queda la Universidad Santo Tomás, y alcanzó a estudiar unos meses del primer año de bachillerato en el Dámaso Zapata, cuando era administrado por los hermanos lasallistas. Un día se metió a la biblioteca del colegio y se quedó maravillado con la pulcritud del lugar. Era una sala pequeña, de paredes limpias y claras, de muebles antiguos y vitrinas con libros perfectamente acomodados; solo se podían ver sus lomos, pues estaban resguardados por un vidrio como si fueran tesoros. De pronto la bibliotecaria se le acercó y le preguntó:

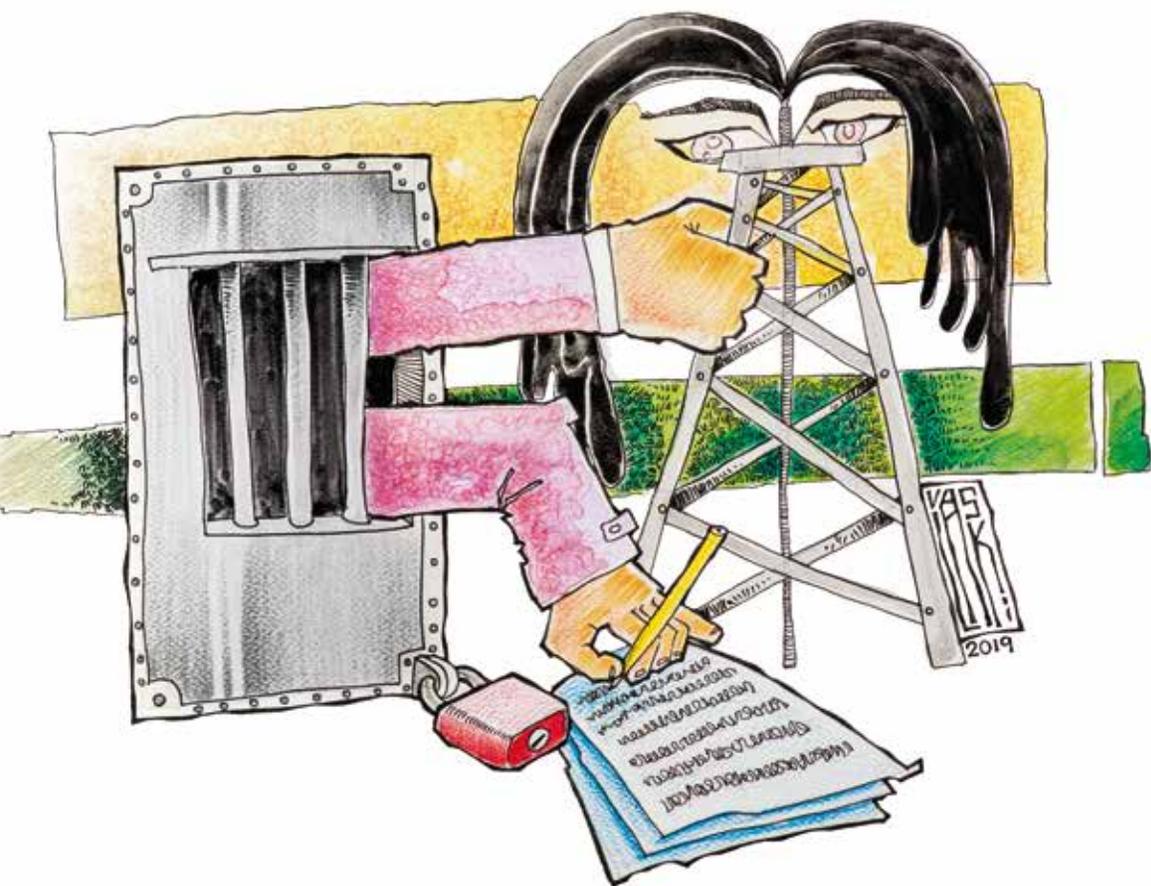
—¿Cuál le gusta?

Y él señaló uno cualquiera.

Era el libro *Las profecías* de Nostradamus, un famoso médico y adivino francés del cual había oído mencionar algo. La bibliotecaria le

dijo que se lo podía llevar para la casa y devolverlo en cuanto lo terminara de leer. Emilio encaletó el libro entre los cuadernos y se embebió en su lectura durante aquella semana, viajando hacia el futuro con las predicciones del mago. Su madre lo notó más distraído que de costumbre, así que le revisó la maleta y encontró el libro; sin pedirle explicaciones, se lo rompió, por estar aplicado a la charlatanería desatendiendo los deberes de la escuela.

Al regresar de Costa Rica, deportado y con tan solo quinto de primaria aprobado, se fue a prestar el servicio militar a la infantería de marina, pues creía –como muchos– que sin la libreta militar le sería imposible conseguir un empleo que le permitiera salir adelante. Lo enviaron al Amazonas –a Leticia y La Pedrera–, donde quedó extasiado con la exuberancia de la selva y la inmensidad de aquel río que le recordaba el mar.





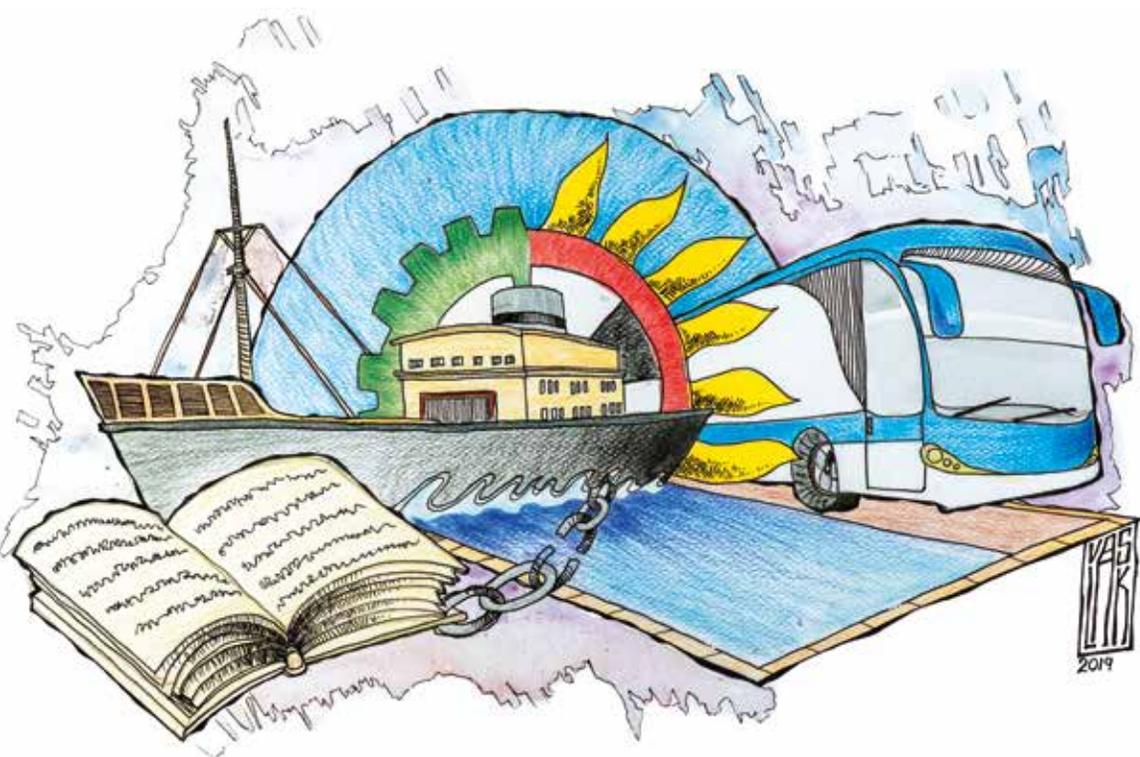
Al terminar el servicio, la suerte lo acompañó y consiguió trabajo de guardabosque, un oficio que le mantenía vivos su ya probado espíritu aventurero y su naciente fascinación por la naturaleza. Se estaba empezando a desarrollar el proyecto de parques nacionales en Colombia, y lo mandaron a la isla de Salamanca y luego al Tayrona. Su trabajo consistía en caminar de arriba abajo por los cientos de hectáreas que se habían comprado a los colonos para constituir las reservas de los parques, acompañando a las comisiones científicas encargadas de caracterizar el territorio; también le tocaba cuidar que no talaran los bosques ni se desarrollaran actividades

de caza de las especies nativas. Allí nació su afición de caminar los caminos y sorprenderse con los hallazgos que se encontraba a su paso. Cuando las lluvias arreciaban en la zona, el agua hacía que el suelo se erosionara y afloraran objetos y utensilios de toda índole que llevaban cientos de años enterrados y que le pertenecieron a las culturas precolombinas que habitaron aquellos parajes. Allí nació su gusto por indagar y saber. Sin saberlo, conoció a Kenton Riegel Miller, uno de los más importantes conservacionistas del mundo, que se encontraba realizando actividades de exploración y caracterización de especies marinas en el parque Salamanca. Solían reunirse en

la playa con todo el equipo, al final de cada jornada, alrededor de una fogata, para compartir los avances del trabajo. Entonces supo que hacía parte de algo muy importante.

Pero Emilio tenía un jefe que no lo apreciaba mucho, y que acostumbraba a rotarlo de parque en parque para fastidiarlo, sin saber que lo que a él más le gustaba era precisamente no quedarse quieto en un mismo lugar, para así poder vivir nuevas aventuras y conocer más sitios. Así que lo mandó a las selvas del Catatumbo, a las del Putumayo, a las del Amazonas –donde ya había estado en su época de recluta– y al Magdalena Medio,

que en ese momento ya era un caldo de cultivo para los movimientos insurgentes colombianos. A él la vida en el Ejército no lo atrajo, salvo por su experiencia con la naturaleza. En sus encuentros de playa con los conservacionistas extranjeros había empezado a desarrollar una lectura más profunda de lo que veía a su alrededor. La mayoría de los territorios adonde se lo trasladaba eran habitados por personas en absoluta pobreza, y solo unos pocos se beneficiaban de la inmensa riqueza de aquellos lugares. Lo mismo había visto en los cuarteles, donde los oficiales tenían su propio casino con aire acondicionado, los suboficiales tenían otro de menor



calidad, mientras que los soldados comían de la olla grande de arroz quemado que se cocinaba a diario en el patio. Y recordó que así era también la vida en las ciudades. Entonces empezó a entender eso que llaman «la lucha de clases» y que alimentaba el conflicto armado colombiano, antes de que fuera permeado por el narcotráfico, con la consecuente pérdida de los ideales. Y se dejó enrolar en el Ejército de Liberación Nacional, que aún conservaba ese hábito de sensibilidad hacia los desposeídos que le dejara el cura Camilo Torres antes de su muerte.

Eran los tiempos del presidente Alfonso López Michelsen, que se había hecho elegir desde una corriente del Partido Liberal conocida como Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), con un falso discurso de corte izquierdista; pero una vez en el poder implementó medidas impopulares que desencadenaron un paro nacional en el que fueron asesinados varios sindicalistas, y, bajo el amparo del estado de sitio, se desató una etapa de persecución a los contradictores del Gobierno.

El breve tránsito de Emilio por la insurgencia lo llevó a la cárcel Modelo de Bogotá.

La mayoría de los presos políticos en ese momento eran intelectuales colombianos, como el cineasta santandereano Carlos Álvarez, que fue profesor de la Universidad Nacional,

y otros más que creyeron que la lucha armada tenía una justificación válida para la búsqueda de la justicia social negada de manera reiterativa por los gobiernos. Sus compañeros de presidio lo instaban a leer, porque decían que era la mejor forma de liberarse de la opresión y del encierro; pero a Emilio le daba sueño la lectura, o quizás albergaba aún aquel trauma de la infancia con el libro de Nostradamus. Finalmente, le cogió el gusto, y desde ese momento no paró de leer.

Su proceso judicial cayó en manos del entonces juez Jaime Pardo Leal, quien una década más tarde fue asesinado, cuando era ya candidato presidencial de la Unión Patriótica. Pardo tipificó el delito de Emilio como rebelión, y al año salió libre.

Emilio recuerda que cuando estuvo en el Dámaso Zapata los hermanos lasallistas llevaron a los alumnos a un paseo a la finca La Clausen, que quedaba arriba de Floridablanca, y que ese día fue muy especial, por el paisaje y porque los dejaron bañarse en la piscina de aguas naturales que bajan del cerro La Judía. Como evaluación de la actividad, el profesor de español les pidió a los alumnos que redactaran un escrito sobre la experiencia y lo llevaran al día siguiente. Emilio hizo el suyo; pero el profesor lo dejó de último, a medida que iba leyendo y comentando los de sus compañeros. Cuando terminó de leer el suyo le preguntó:



—¿Quién escribió esto?

Y Emilio, como recordando los reclamos de su madre, se quedó un rato mudo, sin que le saliera palabra alguna; finalmente contestó:

—Yo, profesor.

Y el profesor le dijo:

—Usted no escribió esto. Tiene cero en la evaluación.



Al salir de la cárcel regresó a Bucaramanga y consiguió trabajo en una compañía de exploración petrolera. La idea lo motivó de entrada, pues regresaría de nuevo al campo, donde se sentía a gusto, y porque para hacer los trabajos debía desplazarse siempre en helicóptero: una nueva aventura para su vida. Pero un día conoció a Alonso Carrascal Conde, de quien se hizo su amigo, y quien le preguntó:

—¿Y por qué no estudia?

Emilio ya andaba por los 27 años, y le respondió que ya estaba muy viejo para hacerlo.

El amigo lo convenció de que fuera a la Gobernación y averiguara, porque sabía que era posible validar el bachillerato a través de un examen, y así lo hizo: presentó el examen y se puso a esperar los resultados que tardaban unos meses. Su amigo lo presentó con el rector del Indesco, una especie de universidad alternativa que se había creado en Bucaramanga, cuyos estudiantes en su mayoría eran personas mayores y trabajadoras que sacaban tiempo por las noches para formarse como profesionales en ciertos campos. Pero como Emilio no tenía diploma de bachiller, solo lo dejaron asistir a clases de sociología, con la expectativa de que si aprobaba el bachillerato lo regularizaban como estudiante. Y así fue. Emilio terminó sus estudios de sociología, y, cuando tuvo que realizar una tesis para graduarse, escogió descifrar el misterio de la leyenda de la casa del diablo, que popularmente explicaba la copiosa riqueza que había almacenado don David Puyana a finales del siglo XIX, y que lo llevó a ser considerado el hombre más rico de Bucaramanga.

Ese fue su primer libro. Luego vinieron muchos más, casi todos salidos de una correría que realizó durante seis años y que se llamó “Por los caminos del gran Santander”.



Juan Sinuco, el arriero que sobrevivió en Patio de Brujas

En el siglo XVIII solo existían dos ciudades en Santander: Vélez y Girón. Las separaban, además de cien años de fundación a fundación, poco más de cincuenta leguas que se extendían entre una y otra. Mientras Vélez decaía para convertirse en una estación menor del camino del reino, Girón sobresalía gracias a la profusa producción de tabaco y cacao de alta calidad que se demandaba en Santafé, la capital del virreinato. Esto hizo que se estableciera la práctica de la arriería por los incipientes caminos del territorio, lo que promovió la creación de nuevos asentamientos que proporcionaban a los arrieros servicios de alojamiento y manutención durante la larga travesía de 78 leguas y 11 días.

No cualquiera podía ser arriero en aquel tiempo. Los caminos apenas se estaban formando con el trasegar de las mulas, así que el arriero debía ser capaz de memorizar rápidamente cada recodo, pendiente y hondonada, pues, una vez que volviera, el paisaje podía haber cambiado. Además, debía resolver con prontitud cualquier dificultad en la jornada, so pena de quedarse varado en medio de la noche, a merced de los malhechores o de alguno de los muchos espantos que acechaban los caminos.

La jornada de ida comenzaba muy temprano en la plaza de Girón. Antes de que el sol despuntara, el arriero salía por la calle Real, con su recua de mulas cargadas, vadeaba el río de Oro, continuaba hacia el oriente, siguiendo el curso del río Frío, y pasaba por Patio de Brujas hasta llegar a la Mano del Negro, hoy conocida como Floridablanca. De allí avanzaba hasta el Pie de la Cuesta y ascendía a la Mesa de Xerira, para llegar a Los Santos, donde cumplía la primera jornada del viaje. Luego descendía hacia Sube y ascendía después hacia Curití, en donde se cruzaban cuatro caminos: el de Onzaga, que lo llevaba a Soatá; el de Charalá, que lo sacaba a Duitama; el de Oiba, que lo mandaba para Tunja, y el de Puente Real, que lo conducía a Santafé pasando por Zipaquirá, lugar de intercambios.

Uno de los arrieros más osados en aquella época era Juan Sinuco, un gironés de ascendencia guane que tenía la particularidad de llevar consigo un coto, esa protuberancia notoria a la altura del cuello provocada por el crecimiento desmedido de la glándula tiroidea, producto de la falta de yodo en la alimentación. Los cotudos más famosos en Santander eran los de

Girón y Pinchote; a los de Pinchote les tenían una copla muy famosa que decía:

Los cotudos de Pinchote
le piden a San José
que les pase el coto abajo,
porque arriba se les ve.

Pero Juan Sinuco era de los de Girón, y tenía fama entre los demás arrieros y entre los comerciantes que le encargaban sus mercancías de ser un hombre intrépido, al que no le daba miedo nada, ni siquiera dejarse coger por la oscuridad de la noche en cumplimiento de su tarea. Conocía de memoria los caminos y confiaba en el espíritu protector de sus ancestros para concederse tamaños atrevimientos. Incluso un comerciante español, cuya familia se había afincado en Girón a finales de la Colonia, solía llamarlo «Juan Sinmiedo», haciendo referencia al personaje salido de aquel famoso cuento europeo.

Había un paraje del camino del reino en donde los arrieros apuraban el paso de sus mulas, incluso si pasaban de día. El lugar era conocido como Patio de Brujas. Eran muchas las historias de apariciones que se contaban –y aún se cuentan– sobre este lugar ubicado entre Girón y la Mano del Negro. Si el arriero iba para Santafé, procuraba pasar por el lugar cuando el sol ya había despuntado; y si regresaba, procuraba que, en la última jornada, desde Los Santos, que alcanzaba las

12 leguas, no fuera a tener ningún contratiempo para pasar por el lugar antes del atardecer. Sin embargo, Juan Sinuco no creía en cuentos de brujas ni reparaba en tales habladurías..., hasta que le pasó lo que le pasó.

Regresando de Santafé con las mulas aligeradas, y a solo una jornada de Girón, decidió tomarse unos cuantos aguardientes de más en una posada de Los Santos, lo que lo hizo despertar tarde para culminar la travesía. Apenas iba por el Pie de la Cuesta cuando el cielo empezó a cubrirse de nubarrones que consumieron los últimos vestigios de luz que le quedaban al día, como presagiando lo que vendría. Una lluvia tenue refrescó la humanidad de Juan Sinuco, que se guarecía bajo el ala ancha de su sombrero, sin levantar la mirada ni tampoco apurar el paso, pues estaba acostumbrado a andar bajo las inclemencias del tiempo. A medida que avanzaba, la lluvia se fue tornando en aguacero, y los relámpagos que relumbraban le permitían confirmar que seguía en el camino.

Pero justo cuando pasó por la Mano del Negro y viró hacia el occidente en dirección a Girón, el aguacero se volvió una tormenta, una que Juan Sinuco no pudo comparar con las muchas otras que había visto a lo largo de los miles de leguas que había trasegado en su vida. Truenos, rayos y centellas disputaban entre sí a cada segundo, de forma que Juan Sinuco fue perdiendo paulatinamente el sentido

de la orientación. También el viento parecía desorientado, pues corría hacia todos lados y provocaba fuertes remolinos que azotaban e impedían continuar el paso de la caravana. A pesar de lo extraordinario de aquel suceso, Juan Sinuco nunca perdió la calma, y, ayudado nuevamente por la luz de los relámpagos, pudo ver un enorme árbol, cuyo tronco tenía una extraña cavidad, donde podría guarecerse del vendaval. Entonces amarró la recua al árbol, y se metió en el hueco.

No había terminado de acomodarse, cuando percibió un canto difuso que parecía acercarse hacia donde se encontraba; y, a medida que el canto se iba volviendo más audible, Juan Sinuco vio cómo la tormenta se apaciguaba poco a poco hasta detenerse por completo. En un instante, como por arte de magia, el cielo se despejó, y aparecieron miles de estrellas luminosas y también una luna completa y fulgurosa.

Juan Sinuco nunca había visto algo parecido en su vida. Tampoco había visto una bruja en el camino; y ahora estaba viendo siete, todas montadas sobre sus escobas de paja, girando alrededor de aquel enorme árbol y cantando una copla monótona que decía:

Lunes y martes
y miércoles, tres...
Lunes y martes

y miércoles, tres...

A Juan Sinuco no lo espantaron las brujas; lo que lo espantó fue aquella copla que cantaban. Así que decidió intervenir, y cuando las brujas cantaron de nuevo...

Lunes y martes
y miércoles, tres...
Juan Sinuco salió del árbol y cantó:
Jueves y viernes
y sábado, seis...

De inmediato, las brujas dejaron de girar, se bajaron de sus escobas y lo rodearon. Una de ellas, que parecía la jefa, le dijo:

—Nos han gustado mucho tus versos, y creemos que mejoran nuestra copla, así que te vamos a conceder un deseo. Pídelo ya mismo, o márchate sin pedirlo.

Y Juan Sinuco pidió que le quitaran el coto. Entonces la jefa de las brujas se lo quitó de un manotazo, y luego lo guardó en su propio bolsillo. Acto seguido, todas se montaron en sus escobas y se fueron cantando:

Lunes y martes
y miércoles, tres...
Jueves y viernes
y sábado, seis...

Y Juan Sinuco continuó su camino hacia Girón.

Al día siguiente era domingo, así que los arrieros aprovecharon para descansar, ir a misa y tomarse unos aguardientes en la cantina. Al entrar en la cantina, Juan Sinuco fue el centro de atención de todos sus colegas, quienes de inmediato se percataron de que no llevaba su prominente coto. Así que Juan les tuvo que contar lo que le había sucedido. Desde ese día Juan Sinuco ganó mucha más fama de osado de la que ya tenía.

Uno de los arrieros que oyó su historia, y quien también era cotudo, quiso repetir la hazaña de Juan. Haciendo exactamente lo que su colega había hecho, se metió en el hueco del árbol a esperar a los engendros que habitaban en Patio de Brujas. Y efectivamente las brujas llegaron y empezaron a cantar la copla que les había completado Juan Sinuco:

Lunes y martes
y miércoles, tres...
Jueves y viernes
y sábado, seis...

El arriero salió de inmediato del hueco, y dijo:

Domingo, siete...

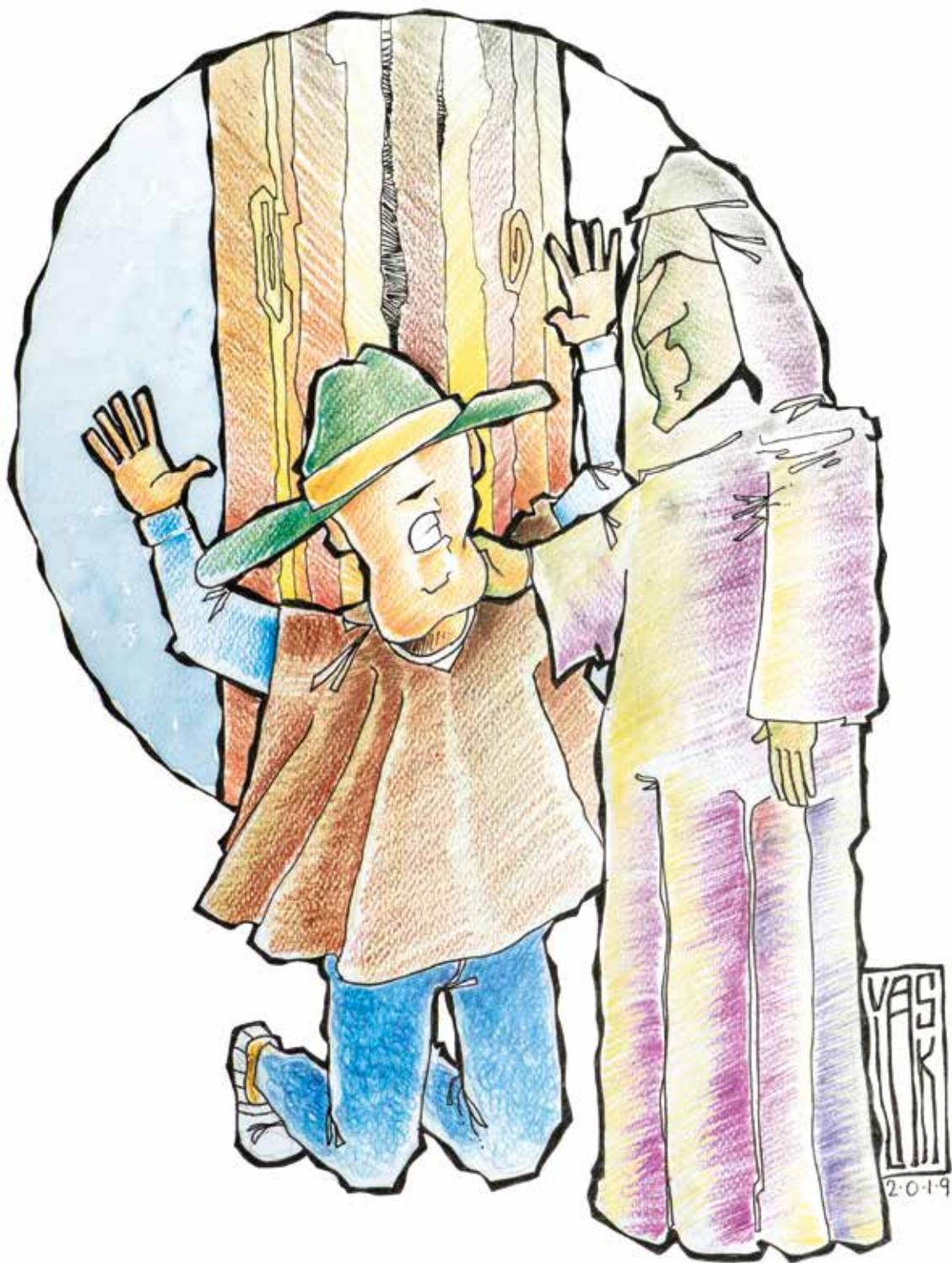
Las brujas dejaron de girar y de cantar; la jefa lanzó un alarido, a manera de pregunta, que retumbó en todos los rincones del Patio:

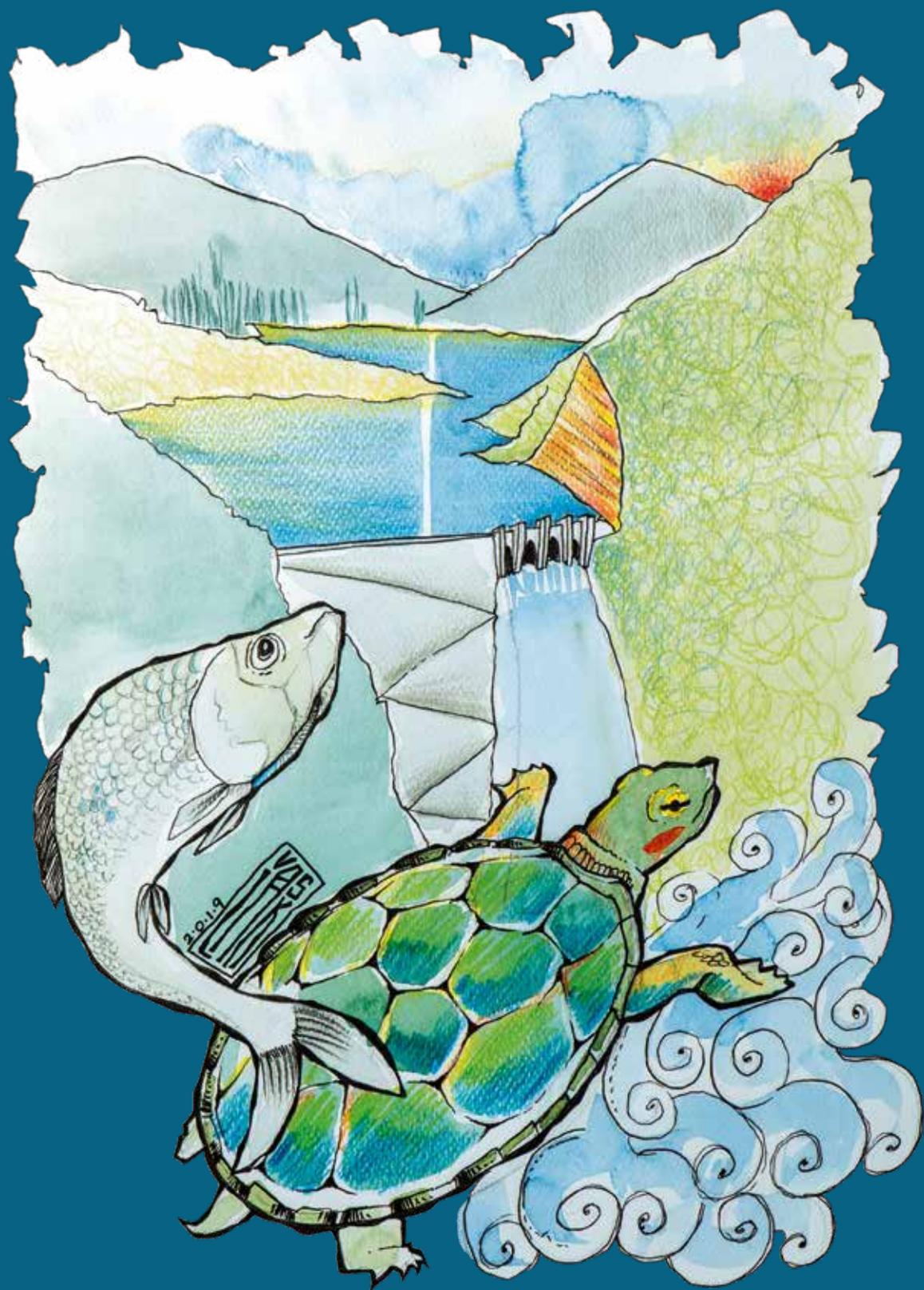
—¿Quién dijo eso?

—Yo —dijo el arriero, y salió presuroso de su escondite—. Vengo a que me quiten el coto.

—Pues no se va a poder —dijo la bruja, que parecía muy enojada—. Ese verso no nos gustó para nada. Así que, como castigo por la interrupción, te vamos a dar este otro coto.

Entonces la bruja se metió la mano en el bolsillo, sacó el coto de Juan Sinuco y se lo pegó en el cuello al arriero, junto al que ya tenía.





Candelario Ríos, ¿a quién se le ocurre atajar un río?

La naturaleza, en su infinita sabiduría, tiene claro que todo lo que está arriba tiene que bajar; y esta ley incluye desde los ríos hasta el mismo mar. Pero otra cosa piensa “el progreso”, que suele contradecir las leyes naturales. En el caso de nuestro país, “el progreso” entró desde el mar cuando apenas comenzaba a asomarse el siglo XVI, más exactamente por el río Grande de la Magdalena, y se fue distribuyendo en contra de la corriente, por los cientos de afluentes que existen a lo largo de su vasto recorrido.

Dicen que fue don Rodrigo de Bastidas el que descubrió el majestuoso Magdalena, aunque lo que realmente vio fue solo su desembocadura, un amasijo de aguas espesas y turbulentas color cenizo que le impedía seguir su paso de conquista, y que a cualquier otro habría hecho recular. Pero este conquistador venido desde tan lejos no estaba dispuesto a retroceder ante el primer escollo del camino, pues tenía la misión clara de traer “el progreso” a estas tierras salvajes. Así que les ordenó a sus hombres que bordearan el río con sus caballos para descubrir el origen de semejante caudal, capaz de desafiar la fuerza del océano, y se adentró cientos de metros en este al final de su periplo.

Cabalgando, aquellos hombres se toparon con otros ríos menores cuyas aguas desembocaban en el inconmensurable “Zesari”, que siglos después llamarían Cesar, para que rimara con los versos de los juglares vallenatos. También estaba el río al que llamaron “Lebrija”, en honor a su descubridor, y que marcó el primer camino hacia lo que hoy llamamos Santander, por donde se adentrara el alemán Ambrosio Alfinger para encontrarse con los indios guane, que ya mostraban signos de “progreso”, pues vestían mantas fabricadas de algodón y condimentaban sus comidas con sal extraída de las minas. Y el “Sogamoso”, por donde pasó don Gonzalo Jiménez de Quesada sin detenerse, aunque lo hiciera un poco más arriba, en La Tora, antes de desviarse por el Opón, para fundar la que sería la capital del Nuevo Reino de Granada.

El Sogamoso, desdeñado por don Gonzalo en su afán de quedar reseñado en alguna página de la historia, se volvió importante en la época de la Colonia, cuando las nuevas generaciones, repasando los caminos trasegados por sus antecesores, intuyeron que podía ser una vía expedita para conectar estas

breñas con el resto del virreinato. Al menos así lo creyó inicialmente don Francisco Mantilla de los Ríos, un encomendero de Vélez experto en cazar indios belicosos de las tribus carare y yariguí que en 1631 intentó fundar la ciudad de Girón en el sitio conocido como Zapamanga –perteneciente a la ciudad de Pamplona–, lo que le valió una querrela por usurpación de territorio que echó al traste su pretensión. Cinco años después, otro don Francisco Mantilla de los Ríos, primo del anterior, corrigió las coordenadas de su homónimo e intentó fundar la ciudad a orillas del río Sogamoso, con el ánimo de desarrollarla desde la agricultura, sin tener en cuenta el clima malsano de la zona y las inesperadas plagas de langostas que arrasaban los incipientes cultivos que se sembraban. Así que tuvo que recoger sus bártulos y fundarla a orillas del río de Oro, donde hoy se encuentra. Lo cierto es que “la tres veces fundada” Girón se volvió una ciudad próspera, gracias a que se aprovechó de la mejor manera la comunicación por el río Sogamoso para traer y llevar mercancías y pasajeros hacia las poblaciones ribereñas del Magdalena, hacia la costa Atlántica e inclusive hacia otros países, con lo que se logró que “el progreso” beneficiara a sus gentes.

Pero con el paso de los siglos y con el surgimiento de los caminos de hierro (el ferrocarril), los de asfalto

(las autopistas) y los de aire (las rutas de aviación), transitar por los ríos se volvió una aventura innecesaria, salvo para aquellos poblados donde “el progreso” aún no había llegado en cualquiera de las formas en que suele presentarse. Así que los ríos volvieron a ser un elemento más del paisaje natural. No obstante, algunas personas se empeñaron en quedarse a vivir en sus orillas para prodigarse el sustento diario, gracias a los generosos recursos que los ríos suelen ofrecer a sus vecinos sin costo alguno. De esta manera, el Sogamoso volvió a ser un río de pescadores, agricultores y mineros artesanales que no molestaban a nadie y tampoco eran molestados por nadie. De vez en cuando llegaba a sus orillas algún ciudadano con ínfulas de pescador a tirar el anzuelo en sus aguas turbias –pero limpias–, y regresaba al caer la tarde con una buena provisión de bagres y bocachicos para la semana.

—¡Qué más se le podía pedir a la vida!
—exclama don Candelario Ríos, un pescador del corregimiento La Lucha, a orillas del Sogamoso, como añorando aquellos viejos tiempos antes de que “el progreso” tocara a la puerta de su casa en forma de hidroeléctrica.

—¡Es que a quién se le ocurre atajar un río con un muro de concreto de casi doscientos metros de alto! —lo interrumpe su mujer, doña Remedios de Ríos.

Y es que la construcción del embalse del Topocoro les cambió la vida a los pescadores y a los peces de este río.

—El pobre bocachico, que por su condición migratoria debe remontarse río arriba para desovar, cuando llega al muro se queda más perplejo que Adán en el Día de la Madre; no sabe qué hacer —dice don Candelario como burlándose de la desgracia del bocachico.

—Pero es más grande la desgracia nuestra —lo refuta doña Remedios—; como el muro no solo ataja el agua sino también el sedimento, ahora el río se ha vuelto transparente, y los pocos peces que quedan se burlan de nosotros cuando nos acercamos sigilosos con la atarraya para cogerlos. ¡No se dejan coger los vergajos!

—Cómo estará de escaso el pescado que el otro día alguien cogió un bagre de cinco libras, y todos en el caserío nos hicimos una selfi con el bendito animal, que terminó echándose a perder, porque se tardaron mucho tiempo en meterlo a la hielera.

—Y qué me dicen de las pobres tortugas, que después de esperar no sé cuántos meses para que se forme una playita de arena, van y ponen sus huevos, con la ilusión de tener nuevas crías; pero justo por esos días le da a Dios por hacer llover más de la cuenta, y entonces el encargado de la compuerta de la represa la abre y manda esos huevitos para el carajo, que hasta al mismo Magdalena van a parar, y listos para hacerse una tortilla de lo revolcados que llegan.

La vida de la familia Ríos, como las de muchas otras familias de pescadores del Sogamoso, parece no tener vuelta atrás. Cada mañana se levantan y lo primero que ven es ese enorme muro de concreto que estará allí hasta que se mueran. Mientras piensan cómo harán para procurarse el sustento diario, le van sacando pequeñas notas de humor a su infortunio. Después de todo, en Colombia eso que llaman “progreso” siempre ha dejado a la deriva a los más necesitados.

—¡Es que a quién se le ocurre atajar un río de esa manera!



Augusto Olarte, maquinista de la memoria

Los andenes de la vieja estación del tren se atiborraron de pasajeros entusiasmados por la noticia. También llegaron vendedores de frituras y refrescos y voceadores de los periódicos que confirmaban lo que todos parecían ya saber.

—¡Vuelve el tren a Colombia!

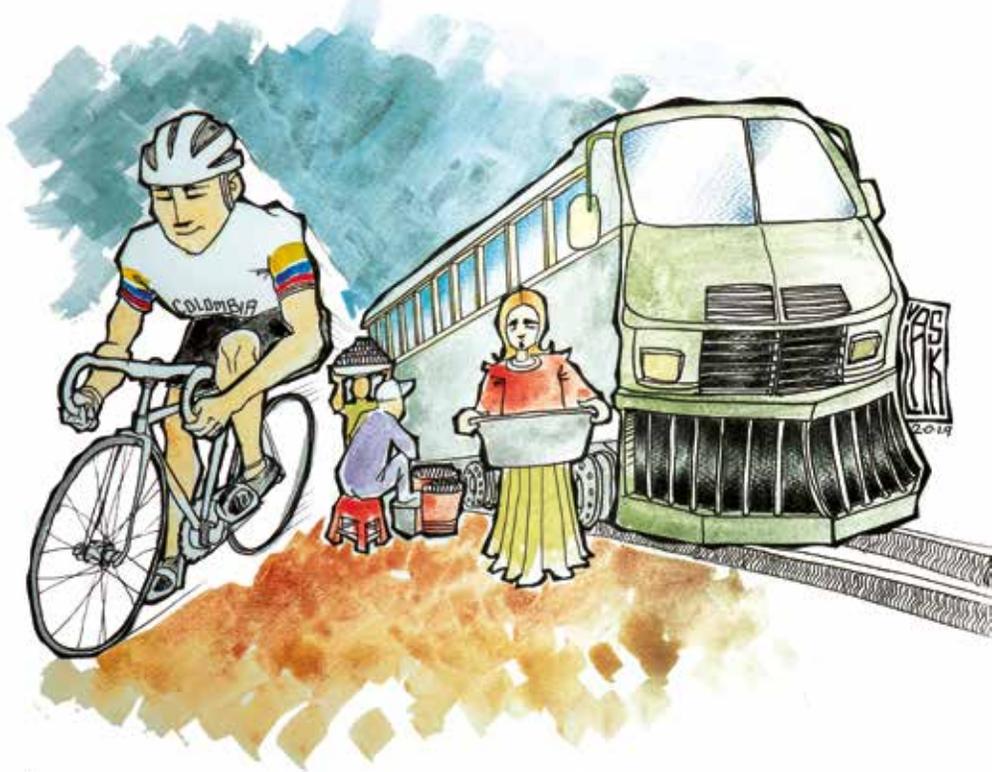
Entre el tumulto se podía distinguir a familias enteras, con padres que habían vivido la experiencia de montar en tren durante su infancia, y niños emocionados de poder ver en vivo las historias que les contaron sus abuelos. Todos querían ser los primeros en ver el tren que fundaría una nueva era de progreso para el país.

También asistieron los nostálgicos maquinistas que en otro tiempo habían movido millones de pasajeros y toneladas de carga a lo largo y ancho del territorio, tanto los que lograron pensionarse de los Ferrocarriles Nacionales de Colombia como los que no alcanzaron a hacerlo cuando ocurrió la decisión de liquidar la empresa en 1991. Los primeros, para oír nuevamente el silbato de aquellos gigantes de acero que parecían dirigirse a ellos cuando recorrían tranquilamente las interminables rectas del Magdalena Medio, o clamaban ayuda durante el

paso sinuoso y lento por la cordillera, o los felicitaban con dos pitazos al llegar a la estación destino sin mayores contratiempos. Los segundos, con la ilusión de que los engancharan en la nueva idea, dispuestos a poner a la orden del día el conocimiento que habían resguardado durante años – como su mayor tesoro– para cuando llegara este momento tan esperado.

El entusiasmo cundió a lo largo de la vía férrea entre Santa Marta y Barrancabermeja, por donde tuvo ocurrencia el mayor flujo de personas y mercancías durante buena parte del siglo xx, y en todas las estaciones –por desvencijadas que estuvieran– los habitantes de pueblos y caseríos se agolparon para dar crédito a la noticia, abandonando sus quehaceres diarios, como cuando pasaba la Vuelta a Colombia en los tiempos de Cochise Rodríguez.

Aún seguíamos sin entender cómo después de un siglo de esfuerzos múltiples para que el país tuviera un entramado de ferrocarriles que lo arrojará a la modernidad del mundo, estos se habían perdido de un plumazo. Mientras en los países desarrollados los ferrocarriles eran vistos como la pieza que aligeraba el progreso, aquí eran considerados como la carga que



lo detenía. Al menos así lo dejaban entrever a la opinión pública los políticos que gobernaron al país desde que comenzó la debacle de la empresa, achacándole la mayor parte de la culpa al sindicato de trabajadores ferroviarios en los años previos al puntillazo final.

Una vez el presidente anunció el aparcamiento definitivo de los trenes, los colombianos, en lugar de salir a defender con vehemencia su más importante empresa de transporte, lo que hicieron fue invadir las estaciones, desvalijar los talleres y vender por chatarra lo que encontraban a su paso, olvidando –o desconociendo– que gran parte de ese emporio se había costado con la indemnización pagada por la pérdida de Panamá y la sangre

de cientos de miles de colombianos asesinados durante las guerras de finales del siglo XIX.

Pero nada de eso era importante ahora que la noticia devolvía al país –también de un plumazo– al lugar donde todo pareció haberse desvanecido. La esperanza, tantas veces extraviada en las páginas de la historia, se asomó victoriosa entre la maraña del tiempo. La esperanza, después de todo, es lo único que un colombiano jamás pierde. También afloraron los recuerdos en cada uno de los presentes, como los de Augusto Olarte, que empezó siendo obrero reemplazador de la División Santander de los Ferrocarriles Nacionales de Colombia en 1967

y terminó jubilándose de maquinista primero, escalando cada peldaño de su carrera ferroviaria con dedicación y esfuerzo. Su pasión fue tan grande que hasta le alcanzó para escribir –25 años después de jubilado– un exquisito libro de crónicas de carrilera que se puede leer en los anaqueles digitales de El Libro Total.

Relato de un maquinista

Yo no fui la excepción. El 20 de octubre de 2016 fui uno de los cientos apostados, con los recuerdos a flor de piel, en los andenes de la estación Barrancabermeja esperando la llegada del tren «del regreso».

Cuando apenas tenía cinco años –en 1969– mi padre había regresado de Venezuela, donde trabajó por dos años seguidos como obrero soldador de estructuras de hierro. En esa época el país vecino estaba desarrollando gran parte de su infraestructura logística y de servicios, y miles de colombianos habían cruzado la frontera en busca de mejores oportunidades, que por causa de la violencia eran exiguas en Colombia. Debió de haberle ido muy bien en Venezuela, porque al volver llevó a la familia completa en tren a conocer el mar. Éramos seis hermanos y mi madre, y nos embarcó a todos en «El Expreso del Sol» –el tren de lujo de los Ferrocarriles Nacionales–, y estoy seguro de que nos llevó en primera clase, porque recuerdo que teníamos

derecho a usar el vagón restaurante, servicio que le era vedado a los que viajaban en segunda.

Para mí aquel viaje fue tan alucinante que constituye uno de los pocos recuerdos que conservo de mi primera infancia. Podría describir el periplo completo desde que salimos temprano –mucho antes de que el sol despuntara– hacia la estación Café Madrid, en Bucaramanga, y la ansiedad que me embargaba la noche anterior. Mi padre me había traído de Venezuela un tren de juguete –color rojo– que se accionaba dándole cuerda con una mariposa que tenía en uno de sus costados, así que no veía la hora de conocer uno de verdad. Mis hermanos mayores viajaban cada uno en sus asientos; mi hermana menor, en las piernas de mi madre, y yo, en las de mi padre, quien me asomaba por la ventanilla para que pudiera recrearme con el majestuoso paisaje, los elevados viaductos y los insondables túneles que debía atravesar antes de llegar a la estación Sabana de Torres.

Luego venía la estación Solón Wilches, llamada así en homenaje al precursor de la idea de hacer un ferrocarril en Santander. Esta era una de las estaciones con más dinamismo durante el periplo, pues estaba a orillas del río Magdalena y se comunicaba directamente con la estación Barrancabermeja, en cuyo alrededor se vivía una fiesta de derroche y jolgorio permanente, alimentada por

los raudales de dinero provenientes de la industria petrolera y el profuso intercambio comercial de la zona.

La monotonía del tránsito del tren a lo largo del río se rompía abruptamente entre las estaciones Buturama – en inmediaciones de Gamarra– y Chiriguaná, en la tierra de los juglares vallenatos. Ante mis ojos de niño se desplegaba uno de los espectáculos más increíbles que jamás haya visto: hasta donde alcanzaba a ver –y mucho más allá– la tierra estaba hecha de algodón, y apenas se vislumbraban algunos árboles que permitían calcular la profundidad de aquel tapete blanco e interminable. Era tal la producción de algodón en la región, que la empresa de ferrocarriles tenía una línea especial a la que llamaban «el tren algodónero», escoltado por un «carro-motor bombero», debido a los múltiples incendios que se provocaban por el calor durante los recorridos hacia Barranquilla, para cubrir las exportaciones del país, o hacia Medellín, para suplir la demanda de las fábricas textiles paisas, pues la cosecha coincidía justamente con la época de verano.

Después pasamos sin mayor aspaviento por la estación Aracataca, que aún no se robaba la atención de nadie, pues Gabriel García Márquez apenas había escrito *Cien años de soledad* dos años atrás. Pero cuando pasamos la estación Papare, a pocos kilómetros de Santa Marta, el corazón pareció salirseme

del pecho cuando empecé a percibir aquel olor salobre. Al principio no sabía de qué se trataba, y hasta me pareció desagradable de entrada; entonces mi padre me dijo:

—Es el mar, que nos está dando la bienvenida. Ya vamos a llegar.

Y empecé a intentar descubrirlo por la margen izquierda de la carrilera, donde mi padre premeditadamente había comprado los boletos de la familia. De

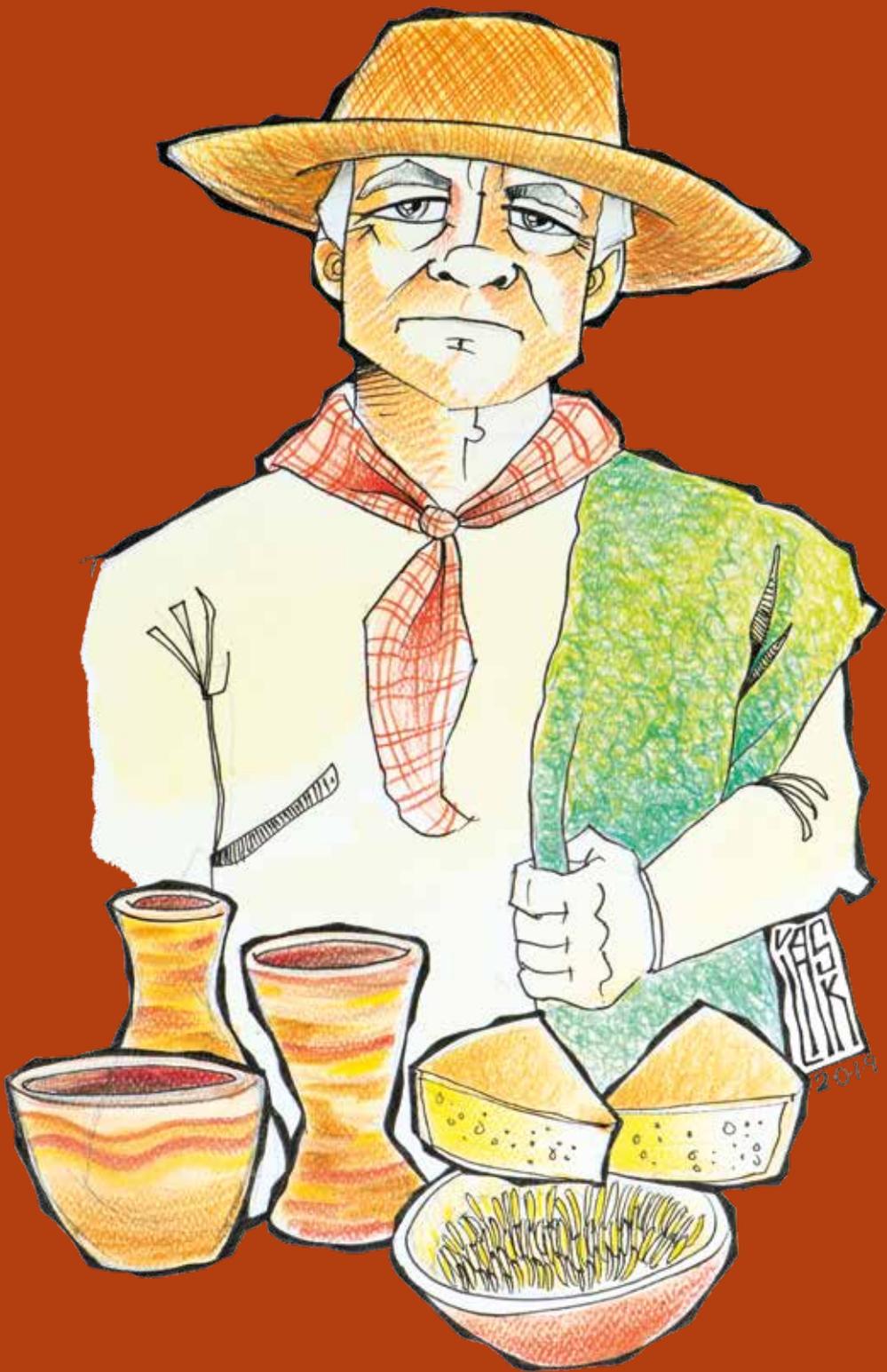


pronto apareció confundiendo con el cielo. Y entonces me dejé llevar por las palabras de mi padre, que me iba señalando cada uno de los detalles que se me saltaban de la vista por el asombro.

Recuerdo que nos llevó al acuario de Santa Marta a ver los tiburones y que tuvimos que ir en un pequeño barco para turistas cruzando la bahía del Rodadero. También recuerdo que antes de zarpar mi padre me compró una gorra de capitán –blanca con negro– que tenía un ancla dorada bordada arriba de la visera. El conductor del barco –al verme con aquella gorra puesta– me puso delante de sí, y me dijo: «Capitán, lleve a esta gente a su destino», al tiempo que ponía mis pequeñas manos en el timón.

Del camino de regreso no recuerdo nada.





Guillermo Laguna, la historia del potro azul

«Laguna» –como le decían en el colegio– no nació en Santander, pero conoce de folclor santandereano como pocos. Nació en la vereda Los Escaños, del municipio de Nariño –en el límite entre Tolima y Cundinamarca–, y su vida no estaba predestinada a ser lo que fue.

Hijo de una campesina y del mayor accionista de una importante compañía transportadora del país –quien le negó hasta la existencia–, terminó yéndose de pequeño con su madre a las selvas del Caquetá, cerca de Cartagena del Chairá, detrás de José Eurípides Ospina, alias «Joselo», un exmilitante de las guerrillas liberales del Tolima –contemporáneo de los legendarios Efraín González, alias «Siete Colores»; Jacinto Cruz, alias «Sangre Negra», e Iván Marulanda Vélez, alias «Tirofijo»–, quien les ofreció protección.

La vida en la selva era demasiado ruda para un niño campesino de tan solo seis años. Su madre adoptó a los dos hijos del bandolero, y luego ambos adoptaron a un niño indígena que encontraron abandonado en medio de la maraña; así que Laguna se sintió desatendido por su madre y maltratado por su padrastro, quien lo obligaba a hacer oficios no aptos para un niño de su edad. Entonces decidió

volarse de la casa e irse para Gigante, Huila, a deambular por las calles.

En esa época era común que hubiese niños por las calles de pueblos y ciudades, a quienes llamaban despectivamente gamines. No existían leyes que los protegieran y vivían a merced de las circunstancias.

Las bancas de los parques eran sus dormitorios, comían lo que les dieran y se vestían con lo que encontraran.

A pesar de su precaria condición, el pequeño Laguna tenía un sueño, el de «ser alguien grande en la vida», y sabía que para lograrlo tenía que ir a la escuela. Entonces un día se presentó a las puertas de la escuela de Gigante y le dijo al portero que quería que le enseñaran a leer y a escribir. El portero, sorprendido de que un gaminito quisiera entrar a la escuela por su propia cuenta, llamó de inmediato a la rectora, quien, también sorprendida, no dudó en acomodarle un pupitre en el salón de primero. Pero esto no hizo que su condición cambiara.

Cada tarde, al salir de la escuela, el pequeño Laguna se iba a barrer y trapear casas, a vender dulces en la entrada del teatro de Gigante, y luego a hacer las tareas de la escuela en el atrio de la iglesia. A las tres de la mañana ya estaba en el matadero haciendo



lo que fuera para ganarse dos pesos y una ollita de sangre, para que una señora –a la que le cayó en gracia– le hiciera un caldo de pichón, su principal comida del día.

Cuando tenía diez años vendía periódicos en Neiva; a las cinco de la mañana recogía *El Tiempo* y *El Espectador* en la agencia y se los echaba a la cabeza para venderlos de una manera que se inventó para interesar a los lectores: «¡Con la muerte del mejor ciclista colombiano, Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, compre *El Tiempo* de hoy!», aunque Cochise siguiera vivo y pedaleando; «¡con la muerte del gran cantante

argentino Sandro de América, compre *El Espectador* del día!», aunque Sandro siguiera vivo y cantando. Y así cada día “mataba” a una figura pública.

El fin de semana vendía fritanga en los buses de la Transfederal –hoy Coomotor–, o se iba para el barrio El Quirinal a lavarles los carros a los ricos de la ciudad, a cambio de unas cuantas monedas. Sabía que estaba solo en la vida, que debía prodigarse su sustento diario y defenderse por sí mismo de los peligros de la calle.

Un día un funcionario de la Policía se le acercó, y Laguna le pegó una pedrada en la frente creyendo que lo

iba a robar, lo que le valió su ingreso a la correccional de menores de Neiva. Allí, además de cumplir su pena, pudo terminar sus estudios de primaria. También allí vio por primera vez a un grupo de “rajaleñeros”, y se enamoró de inmediato de la tambora y del folclor, con lo que reafirmó su deseo de seguir aprendiendo para salir de las calles y lograr su sueño. Entonces se metió a hacer el bachillerato en el colegio Santa Librada, en donde su incipiente pasión se agigantó. Apenas se graduó, emprendió un viaje por Sudamérica con una novia que tenía, que además era bailarina; caminaban por las carreteras, pedían que los llevaran, bailaban en los parques y las escuelas y «pasaban el sombrero» para sostenerse. También escribían poemas que vendían por cuanto les dieran.

La incertidumbre de aquella vida nómada lo hizo detenerse en Mato Grosso, Brasil, y regresar a su país. Entonces comenzó a estudiar en la Universidad Pedagógica de Colombia, en Bogotá, donde conoció a dos de los grandes maestros del folclor colombiano, Jacinto Jaramillo y Guillermo Abadía Morales. El maestro Jacinto, entonces director del Ballet Cordillera, reconoció de inmediato su talento y lo convirtió en el bailarín principal de su compañía. Luego la maestra Sonia Osorio, directora del Ballet Nacional de Colombia, lo reclutó y lo hizo profesional; así él se convirtió en uno de sus bailarines estelares.

Después de recorrer cientos de millas por disímiles caminos, el sueño de Laguna de ser «alguien en la vida» parecía haberse cumplido.

Pero una noche, estando de gira en Moscú con el Ballet Nacional de Colombia –que alternaba función con el Beriozka–, dos de sus compañeros se metieron a su camerino y quisieron propasarse con el joven Laguna, quien –recordando aquel furor de su niñez– los encendió a trompadas y les rompió la cara. El desenlace no se hizo esperar: al día siguiente fue expulsado de la compañía y abandonado a su suerte a miles de kilómetros de su casa. El sueño parecía haber terminado.

Sin embargo, los bailarines rusos se mostraron solidarios con Laguna y lo acogieron durante tres meses, hasta que pudo regresar a Colombia. En agradecimiento por este gesto, Laguna les prometió que sus hijos llevarían nombres de grandes bailarines rusos, y así lo hizo.

Desilusionado con el mundo del espectáculo, un día conoció a Nury, una santandereana de Málaga que le endulzó el oído y le pintó con palabras los paisajes más bonitos que jamás había visto. Laguna se había enamorado y estaba dispuesto a ir detrás de aquel amor hasta donde fuera necesario. Su amor se acrecentó cuando conoció al padre de Nury –un señor mayor que requería atenciones especiales, dada su condición de



discapacidad física—, a quien Laguna adoptó como al padre que nunca tuvo, y su suegro lo adoptó a él como al hijo varón que siempre quiso.

El camino del amor lo trajo a Santander.

En lo único que no pensó Laguna cuando llegó a Málaga fue en la danza; de ahí que montara una fábrica de cerámicas y luego una de quesos. Cada mes se iba para la vereda El Juncal a traer la arcilla para hacer las vasijas, que vendía a muy buen precio, gracias al toque artístico que les imprimía, inspirado en sus viajes por el mundo, muy distintas a los chorotes ordinarios que fabricaban en la región. Para hacer los quesos, les compraba la cuajada a los productores y terminaba el proceso de maduración en su casa. Luego los empacaba y los vendía.

Su vida le había dado una vuelta completa. El en otro tiempo bailarín estrella de varias compañías famosas ahora era un próspero fabricante de quesos y vasijas de barro.

Pero un día, estando sentado en una de las bancas del parque mirando la gente pasar, se le acercó un hombre al que nunca había visto antes, quien luego de escudriñarlo detenidamente le preguntó:

—¿Usted no es “el potro azul”?

En ese momento Laguna sintió que una gran parte de su vida anterior se desenvolvía en el ínfimo instante

marcado por aquella simple pregunta. Cientos de recuerdos se agolparon en su mente esperando participar de su respuesta. Laguna no podía entender cómo después de tantos años y en aquel recóndito lugar metido entre las montañas, un desconocido lo había descubierto; así que solo atinó a decirle:

—¿A qué viene la pregunta, señor?

—Es que yo lo vi a usted bailar en el Teatro Colón de Bogotá con el Ballet Cordillera del maestro Jacinto Jaramillo, y usted era “el potro azul”, el personaje principal de la obra de esa noche.

—Sí, señor, yo soy “el potro azul” — aceptó Laguna, como rindiéndose ante la situación.

—¿Y qué hace “el potro azul” en Málaga? —preguntó el desconocido.

—Hago quesos y vasijas de barro —le contestó Laguna.

—No puede ser —le dijo sorprendido el hombre—; a usted lo necesitamos en este pueblo para que les enseñe a bailar a los muchachos.

Y el sueño de su infancia volvió a tomar vida, pero esta vez de una manera distinta.

La grandeza magnificada por trajes coronados con tocados de plumas de colores, luces de cientos de reflectores brillantes del teatro, música

amplificada y telones de escenario profusamente decorados hacía tiempo había dejado de ser de su interés. En un festival folclórico que se hizo por esos días en Málaga conoció a tres campesinos portadores de lo más auténtico del folclor santandereano, quienes le enseñaron la verdadera esencia de la grandeza. Ellos eran doña Petra, don Timoleón y don Eloy, sus nuevos maestros.

Fue tal el impacto que le produjo aquel encuentro que Laguna sintió que había vuelto a nacer. Cerró la fábrica de cerámicas y la de quesos, se compró una vieja bicicleta y se fue a recorrer las veredas de los municipios de la provincia de García Rovira indagando, conociendo y aprendiendo de quienes mantenían viva la herencia del folclor de la zona. Hasta un especial de *Yuruparí* –un destacado programa de televisión nacional– le dedicaron. Y empezó a ganarse los más importantes concursos nacionales de la época con un grupo de danza y música que había conformado con campesinos de la región, y hasta hizo parte con ellos de la delegación colombiana que viajó a acompañar a Gabriel García Márquez a recibir el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo.

Era tal el ímpetu que se le había desatado que, después de insistirles a varios alcaldes, logró convencer a uno de que vendiera una de las volquetas del municipio para comprar el inmueble donde hoy funciona la Casa de la Cultura de Málaga, «para

que los muchachos del pueblo tuvieran un lugar donde expresarse desde el arte». Y nuevamente su sueño se hizo realidad: fue nombrado director y creó las escuelas de danza, música y artes plásticas del municipio.

Pero el alcalde que lo nombró fue destituido, y en su reemplazo fue encargado el hermano del ministro de Hacienda de ese momento. Entonces un concejal del grupo político del ministro reclamó para sí la cuota del cargo de director de la casa de la cultura, y, para enfatizar su reclamo, ordenó a unos rufianes pintar grafitis en las paredes de la casa con letreros amenazantes que decían “Fuera, Laguna, de Málaga”; romperle su bicicleta en dos pedazos, y hasta echarle burundanga en una bebida durante el carnaval de Pericles de ese año.

Como ha sucedido tantas veces en muchos otros rincones del país, pudo más el accionar de los violentos que el clamor de la ciudadanía que pedía que lo dejaran continuar con su labor, y Laguna tuvo que retomar el camino para salvaguardar su vida. Se fue a vivir a Bucaramanga, donde creó su propia escuela de danza, para no dejar morir lo que le habían enseñado aquellos tres viejos campesinos de Santander.

En Málaga lo siguen recordando con cariño, y hasta lo han condecorado cinco veces desde que se fue. Él les retribuye el gesto diciéndoles:

—Lo que soy se lo debo a ustedes.